



Aurora

PABLO NERUDA:

Algo sobre mi poesía y mi
vida.

ILYA ERENBURG:

El trabajo del escritor.

JUAN MARINELLO:

La novela americana.

CESAR GODOY U.:

El pragmatismo en la
educación chilena.

JOSEPH CLAYTON:

Algunos problemas en la
lucha contra el psico-
análisis.

BALDOMERO LILLO

Y "SUB - TERRA"

por LUIS ENRIQUE DELANO

Adelantándose por lo menos 5 ó 6 años a sus compañeros de generación, Baldomero Lillo se acercó al pueblo. Un lustro antes que Pezoa Véliz, D'Halmar, Santiván y otros de los que emprendieron la aventura de la colonia tolstoyana, Baldomero Lillo fué decididamente a buscar sus temas en la vida de los trabajadores chilenos. Lo hizo con una seriedad y una decisión admirables. Lo que en otros escritores pudo ser una actitud honrada, pero de índole exclusivamente literaria, en Lillo fué el resultado natural de una honda vocación que se desarrolló en un medio que logró golpear de un modo definitivo su sensibilidad. Lillo no escribió sino lo que vió. Las minas de carbón de Lota le ofrecieron un obscuro pero ancho panorama: las injusticias en el fondo de la tierra —subterra— despertaron su rebeldía, lo cual no es poco tratándose de un hombre, como Baldomero Lillo, tímido en exceso, físicamente débil y surgido de la resignada clase media de la época. Era tranquilo, silencioso, no hacía muchas preguntas, pero sus inmensos ojos claros, en la delgada cara de tuberculoso que nos muestran las fotografías, penetran a fondo, iluminando hasta los últimos rincones de los piques. Baldomero y su hermano Samuel eran niños, vivían en esos años en Lota Alto, donde el padre de ambos trabajaba en la Compañía Carbonífera. Los ingenieros que de tarde en tarde los invitaban a bajar a los profundos piques donde la veta se interna bajo el mar, no sospechaban que estaban ayudando a meter en su propio campo una punta de lanza enemiga. Lo que allí vió Baldomero, las negras y sudorosas espaldas encorvadas en los socavones, las armazones de madera mal y peligrosamente emplazadas, los derrumbes, el grisú, los ascensores que subían a la boca-mina cargados de muertos, la angustia y el dolor de las viudas, los niños que entraban a la mina en la edad en que debían estar en la escuela y eran viejos a los 15 años, todo ese material amargo y profundo, duro y tierno, cruel y salvaje, dejó su sensibilidad impregnada de protesta. Más tarde, cuando fué ya un escritor, no tuvo necesidad de ir a buscar temas a ninguna parte para componer sus magistrales cuentos: los materiales los llevaba en sí mismo y eran tan vivos y tan ricos que

le permitieron escribir un libro que de inmediato golpeó en la cara de la conciencia nacional, con el chasquido de un latigazo. Los ojos de Chile se volvieron entonces (hace justo 50 años de esto) hacia la zona del carbón donde ocurrían cosas semejantes a las que contaba Baldomero Lillo. Pero en "Sub-Terra" no había sólo denuncia, sino arte, vida verdadera recreada por un artista. El puntillismo de los críticos ha insistido en que su estilo no era bueno —algo tenían que decir—; pero el tiempo ha replicado que una literatura de esa fuerza y esa vitalidad no necesitaba vestirse de frac; le bastaba con la ruda ropa de los mineros que le dieron origen.

Hace poco estuve en Lota y visité la flamante biblioteca obrera que la Compañía Carbonífera muestra con mucha complacencia a los turistas. Examiné el catálogo, donde figura una obra de Lillo, pero creo que es "Sub-Sole"; me parece que "Sub-Terra" no está, como no están tampoco los libros de Neruda. Aunque desde la época en que Lillo escribió sus tremendas páginas algo ha cambiado en Lota, gracias al esfuerzo sostenido y heroico de los propios mineros, aún subsisten muchos de los cuadros que él mostró: aún hay muchas lágrimas y muchas hambres, y, de tiempo en tiempo, tragedias colectivas como las que "Sub-Terra" extiende a la manera de grandes y dolorosos murales.

Lillo marcó un camino a los escritores chilenos. Hay que seguirlo. Es nuestro deber. Pero debemos llegar aún más lejos que este maestro magnífico de las letras nacionales. Debemos como él, mostrar la realidad de nuestro pueblo, por más cruda que sea, y luego, lo que él no tuvo tiempo de hacer, presentar en nuestros libros, en nuestros cuentos, en nuestras novelas, la lucha, como la única forma de despejar el camino hacia el porvenir luminoso que aguarda a Chile.

